

PRT OPINA INTERNACIONAL

CORONAVIRUS

La pandemia del coronavirus está dejando sobre la superficie la crisis de superproducción capitalista de la burguesía financiera imperialista. Estamos siendo testigos de cómo las principales potencias occidentales pasan por una grave crisis sanitaria con miles y miles de contagios y miles de muertos por día. Los ejemplos sobran: Italia, España, Francia, Alemania y EEUU, este último con el mayor número de contagios. Mientras los analistas a sueldo del imperialismo y sus socios se empeñan en hacernos creer que la pandemia es la responsable de la crisis económica y que el coronavirus es un factor que ha entrado en las leyes de la economía, lo cierto es que la propia dinámica del sistema lo ha llevado a esta situación.

Es probable que uno de los escenarios posibles a los que lleguemos sea la caída del mundo unipolar para dar paso a uno multipolar. La caída de la hegemonía de la burguesía financiera norteamericana y sus socios europeos se agudiza al compás de la crisis. En la vereda de enfrente, Rusia y China que encabezan el multipolarismo, continúan desplazando al dólar como moneda de cambio en el comercio mundial; impulsan el uso de las monedas propias en las transacciones en detrimento de los billetes verdes, cuyo respaldo en la producción es casi inexistente. Y como si esto fuera poco, la FED junto con los titeres de Washington, están empeñados en no darle descanso a la máquina de imprimir dólares; dólares que significan más y más deuda para el pueblo norteamericano y que contribuirán a que la situación sea más dramática una vez que terminen de explotar las burbujas financieras. Varios analistas sostienen que la crisis que está por desencadenarse será peor que el crack del 29 del siglo pasado y no es ilógico pensar así: en este último mes y medio, 10 millones de estadounidenses han sido despedidos; muchos de ellos pasarán, seguramente, a engrosar las cifras de personas que se encuentran viviendo en las calles sin hogar, como los que ya se cuentan de a millones en el país.

El hecho de que China esté enviando ayuda humanitaria a los EEUU, además de preocupar a personajes nefastos -símbolos de la histórica hegemonía norteamericana como Henry Kissinger- habla también de la eficacia con que el gigante asiático está combatiendo al virus. Al respecto podemos decir que mientras la salud es un negocio más para los países capitalistas occidentales más desarrollados, con las consecuencias que saltan a la vista, en los países en los cuales ha habido una revolución socialista se está pudiendo contener la pandemia de forma más eficiente. Desde Cuba, con sus queridas brigadas de médicos, pasando por Vietnam, con pocos contagios, sin muertos y con un sistema de salud no tan desarrollado pero con cierta experiencia a raíz de los ataques con armas químicas sufridos por su pueblo en la guerra de agresión contra los norteamericanos, hasta Corea del Norte, Rusia y China tenemos ejemplos de un disciplinamiento social que aporta al control de la pandemia y de un estado que esencialmente prioriza la salud de su población antes que

las ganancias de un puñado de personas y/o empresas. Arribamos a la conclusión de que este sistema no sólo está imposibilitado de dar una solución a todos los problemas de la humanidad, cuyas dos terceras partes están ya fuera de él, sino que, mucho menos, puede garantizar nuestra salud.

Observamos cómo grandes sectores de la sociedad están llegando a las mismas conclusiones. Las grandes masas mundiales van adquiriendo conciencia de lo que es pernicioso para sus intereses. Recordemos que antes de que se empiecen a implementar las cuarentenas alrededor del mundo veíamos que, en Francia, el títere Macron intentaba bajar las jubilaciones según las recetas del FMI con miles y miles de trabajadores movilizados en las calles. Cada vez es más evidente cómo la burguesía se está “mordiéndose la cola” pretendiendo mantener sus ganancias mientras pauperiza sostenidamente las condiciones de vida del proletariado y el pueblo.

El canibalismo entre distintos países es otro de los aspectos que podemos observar en medio de esta crisis. Las denuncias de robo de insumos médicos de países como Francia y Alemania contra los EEUU (supuestamente “socios”) tienen más que ver con historias de “cowboys” asaltando diligencias o piratas saqueando embarcaciones secuestradas, que con países que proclaman la diplomacia y la “democracia” como grandes valores que pretenden demostrar hacia afuera algún tipo de seriedad. Lo mismo sucede con Israel, en donde el propio personal del MOSSAD ha confesado el robo de materiales relacionados con la salud. La anarquía inherente al capitalismo sale a la luz como nunca antes con estos episodios. Dentro de los EEUU se realizan subastas de equipos sanitarios en donde los beneficiados son los más pudientes, cuando lo lógico y más adecuado sería que hubiera una distribución planificada a los lugares más afectados por los contagios. Para terminar de ilustrar lo que estamos diciendo, en la ciudad de Filadelfia, un empresario compró un hospital privado cerrado el año pasado por quiebra y pretendió alquilárselo al estado cobrándole más de treinta mil dólares diarios. Todo terminó en que no hubo acuerdo entre las partes y el hospital, que hoy podría ser utilizado en beneficio de los ciudadanos, se encuentra cerrado juntando polvo mientras los contagios y las muertes se multiplican...

En Latinoamérica se puede observar cómo los gobiernos afines a la batuta de Washington son los que menos han hecho para proteger a la población de los contagios. Tal vez los ejemplos más salientes sean Ecuador, con el mayor número de contagios y muertos per cápita; el de Chile, donde Piñera ya se encontraba acorralado por las movilizaciones antes de la aparición del virus y el de Brasil. En el país carioca, el títere fascista Bolsonaro no se ha privado de provocaciones tales como mostrar públicamente indiferencia ante la posibilidad de que miles de personas mueran a causa de la pandemia. Eso sí, recientemente, como consecuencia del enojo popular, tuvo que dar marcha atrás con el decreto que establecía que la burguesía brasilera podía dejar de pagar salarios por cuatro meses. Además, se siguen sumando los pedidos de juicio político en su contra y hasta la renuncia de uno de sus principales ministros. Tal vez la clase dominante en ese país no quiera a alguien tan incendiario en estos momentos en los cuales una pequeña chispa puede encender un fuego que puede resultar muy difícil de controlar.

En nuestro país, el gobierno del Frente de Todos, encabezado por Alberto Fernández, ha optado por implementar la cuarentena de forma temprana, con todavía pocos contagios y con una economía visiblemente en default. Si bien la medida es correcta y cuenta, sin dudas, con un gran apoyo popular, ha quedado al descubierto la fragilidad de nuestro sistema de salud. El desmantelamiento y el desfinanciamiento de la salud pública han sido una política de estado desde la última dictadura militar hasta el día de hoy. Los beneficiarios de este desguace han sido, principalmente, las empresas privadas prepagas, mientras que millones de argentinos que no pueden acceder a ellas deben ser atendidos en los hospitales públicos, donde la falta de insumos, equipamiento y mantenimiento son moneda corriente además de contar con profesionales a los que no se les paga adecuadamente y que, en muchos casos, no cuentan con los elementos de protección adecuados para trabajar en medio de la pandemia. Al respecto, hay que decir que nuestro país detenta el mayor número de contagiados de coronavirus en el mundo entre los profesionales de la salud por las razones ya expuestas. El gobierno debería trasladar inmediatamente los recursos necesarios para reforzar el que es su flanco más débil en la lucha contra la pandemia: la protección de estos trabajadores.

Mientras un gran sector de lo más concentrado de la burguesía está presionando para levantar la cuarentena, pues ven mermada su tasa de ganancia, son muchas las empresas que despiden trabajadores; otras tantas realizan suspensiones y, en muchos casos, también recortan salarios llegando a reducirlos a la mitad, como las empresas de comidas rápidas, por ejemplo. El gobierno, más allá de algunas declaraciones como la de Alberto Fernández “retando” a Paolo Rocca y haber emitido un DNU prohibiendo los despidos y - en el que las sanciones a los que no cumplen brillan por su ausencia-, hace la vista gorda con lo que es, a todas luces, un crimen. Si los despidos ya de por sí son violencia contra los trabajadores, en un contexto como el que atravesamos son, directamente, criminales porque nos dejan inermes para la sobrevivencia en cuarentena. Episodios como los de los 1500 despedidos en Techint o como los 250 del frigorífico Penta en Quilmes, donde los trabajadores que se movilizaron para protestar fueron reprimidos incluso con balas de goma, son situaciones que no deberían existir en medio de una pandemia que pone en riesgo nuestras vidas pero que, por otro lado, dejan expuesto el verdadero carácter de clase de este gobierno como para que a nadie le queden dudas. Por eso, junto con los profesionales de la salud contagiados por falta de protección, la carencia de sanciones a los que no cumplen con el DNU de prohibición de despidos, sostenemos que son los dos flancos más débiles del gobierno.

El lamentable papel que está desempeñando la CGT con sus dirigentes ofreciendo recortar nuestros salarios en nombre de la “protección de los puestos de trabajo” no es otra cosa que un robo más a los trabajadores para mantener las ganancias de quienes nos explotan. Estos personajes nada tienen que ver con el cuidado de nuestros intereses y son más bien patrones disfrazados de trabajadores funcionales a su clase: la clase dominante.

La dramática situación de millones y millones de argentinos que tienen trabajos precarizados o informales se agudiza día a día. Ni hablar de quiénes están excluidos totalmente del sistema. De poco sirve el bono de diez mil pesos entregado al doble de

personas que el gobierno calculó inicialmente cuando hay una inflación que sigue en aumento devorando nuestro poder adquisitivo y cuando existen no sólo miles de trabajadores informales, sino otros tantos miles de pequeños cuentapropistas que con una cifra semejante no cubren ni siquiera el pago de los servicios. Las capas medias de la sociedad sufren la paulatina pauperización. Los dueños de pequeños y medianos comercios, los profesionales que se auto explotan y que en muchos casos deben pagar sueldos viven momentos de zozobra: es muy difícil cobrar la ayuda otorgada por el gobierno por los requisitos exigidos y, en caso de poder ser beneficiarios, las sumas, en muchos casos, no alcanzan para pagar los alquileres de los comercios, talleres, oficinas, etc. Por otro lado, tenemos que decir que si los recursos para las ayudas económicas salen de la emisión monetaria, en vez de que sea un traslado de los sectores más pudientes a los más carenciados, lo más probable es que se produzca una inflación aún mayor a la que padecemos. Con esto no decimos que el gobierno de Fernández deba tomar medidas revolucionarias -que sabemos que no va a tomar- pero sí que bien podría articular, como hizo anteriormente el propio Perón, una nacionalización de la banca, el comercio exterior y la conformación de las juntas nacionales de carnes y de granos. Sólo con eso, cambiarían nuestro devenir.

En los barrios más pobres y asentamientos donde el gobierno emplea al ejército para garantizar la comida de la gente es evidente que las condiciones de vivienda son de malas a pésimas, así como las condiciones sanitarias (falta de cloacas y agua potable), lo que no ayuda en lo más mínimo a poder combatir correctamente la pandemia. Mucho menos “ayudan” los abusos de las fuerzas represivas en los barrios reflejados en el aumento de las denuncias a lo largo y ancho del país ni tampoco el espionaje policial en las redes sociales pues lo único que provocarán es que haya más malestar social.

Los grandes medios de comunicación, además de intentar sembrar el pánico entre la gente exacerbando el individualismo, se están encargando de legitimar y respaldar las medidas coercitivas y represivas contra el pueblo mientras se ocupan de ocultar cuidadosamente los excesos policiales ya mencionados. El ejemplo más reciente es el del truncado intento del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de restringir la circulación de las personas mayores de 70 años: pareciera ser que, según este criterio, los ciudadanos mayores están o confinados a una reclusión total o condenados a una muerte segura sin término medio. Vemos entonces a periodistas que, en pocas horas, pasan de cuestionar verborráicamente la cuarentena a justificar, sin que se les caiga la cara de vergüenza, el aumento de los controles sobre la población.

Ante este difícil panorama observamos que afloran, también, muchas expresiones de solidaridad de nuestro pueblo. El mantenimiento de la distancia hoy es, paradójicamente, un acto de amor para cuidarnos e impedir que el virus circule. Tomar todos los recaudos correspondientes para el cuidado de nuestra salud es fundamental. Más temprano que tarde lograremos atravesar esta situación como tantos otros problemas y penurias que ha atravesado nuestro pueblo. En ese momento volveremos a las calles a abrazarnos y a seguir luchando para pelear por nuestros derechos y por una sociedad mejor, con el

ejemplo imborrable de nuestros treinta mil compañeros desaparecidos y todos quienes han regado con su sangre este suelo por la causa del pueblo.

30.000 COMPAÑEROS DESAPARECIDOS ¡PRESENTES!

¡POR LA UNIDAD DEL CAMPO POPULAR!

PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES